

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

DIRIGENTES DEL MUNDO FUTURO

**DESARROLLO MÁXIMO
DE FACULTADES**



Ediciones Selectas Diamante, S. A. de C. V.

Libros que transforman vidas



1

SECUESTRO DE INFANTES

El matrimonio de Xavier y Ximena era relativamente estable. En el dintel de su casa colgaron un escudo familiar que hicieron juntos, entrelazando las letras equis de sus nombres. Se sentían orgullosos de esa coincidencia. Quisieron legar a sus hijos el mismo signo y se aseguraron de ponerles nombres que lo incluyeran; a la mayor la llamaron Roxana y al menor Max.

Ella era doctora, jefa de laboratorios en el Hospital Primario de Oriente. A pesar de tener un empleo absorbente, procuraba darse tiempo para convivir con su familia; no siempre lo lograba. Él era abogado fiscal, con un despacho próspero al que dedicaba diez horas cada día.

Los sábados, Ximena trabajaba medio turno y solía llevar con ella a su pequeño Max, de cuatro años. Al salir del trabajo, acostumbraba ir de compras.

Nada le indicó que pudiera haber algún peligro aquel día en la tienda de autoservicio... Traía a Max en el carrito. Estaba de mal humor porque su esposo había organizado una cena con sus amigos. Detestaba meterse a la cocina el sábado en la tarde a guisar para un hato de comensales egoístas que sólo sabían beber y contar chistes políticos.

Hastada de su mala suerte, buscaba sin éxito un frasco de aceitunas negras. Caminó por el pasillo del supermercado. Vio a una señorita con el emblema de la tienda y la siguió para preguntarle. La joven atendía a otro cliente. Esperó su turno. Mientras tanto, revisó su lista de compras. El departamento de pescados y mariscos estaba a unos metros. Caminó vigilando de reojo a la dependiente; ordenó un kilo de salmón. La chica se esfumó en un parpadeo. Todo indicaba que el pescado de esa noche no llevaría aceitunas. Volvió al pasillo en el que

había dejado a su hijo. El carrito de compras estaba en el mismo sitio. El niño no.

Ximena pensó que se había bajado por su propia iniciativa. Era muy travieso. Solía hacerlo. Al principio lo buscó con calma; caminó serenamente pensando que, con toda seguridad, andaría curioseando por ahí. Cuando se dio cuenta de que el tiempo pasaba sin que Max apareciera, comenzó a dar zancadas amplias y a llamarlo por su nombre. No hubo respuesta. Un presentimiento atroz comenzó a oscurecer su claridad de juicio.

“Cálmate” se dijo, “lo vas a encontrar”.

Pero no podía calmarse. Preguntó a las personas que pasaban cerca si habían visto a un chico rubio de escasos cuatro años de edad; ninguna lo había visto. Trató de no dejarse llevar por el pánico. A Max le gustaba esconderse y salir riendo a carcajadas después de un rato. Se aferró a la idea de que en cualquier momento aparecería detrás de algunos anaqueles. Fue a las cajas, se paró de puntas y miró alrededor.

“Mientras no salga de la tienda” reflexionó en voz alta “no hay problema”.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para relajarse y acudió a la caseta de sonido. Vocearon al pequeño. No hubo respuesta.

Entonces empezó a correr por los pasillos, gritando. Un llanto de desesperación acompañaba sus alaridos. Toda la gente se enteró de que esa mujer había perdido a su hijo. Clientes y empleados quisieron a ayudar.

La policía llegó. Cerraron las puertas de la tienda.

Xavier recibió el mensaje en su localizador, una hora después.

Las letras en la pantalla de cuarzo decían: “ven al centro comercial frente al sanatorio, es urgente”. Firmaba su esposa.

No pudo evitar lanzar una imprecación. Detestaba ese tipo de mensajes. La palabra “urgente” era demasiado delicada para usarse sin ton ni son. Su esposa lo sabía. ¿Lo sabía? Eso significaba que en verdad era urgente. Salió de la transitada avenida y tomó el puente de retorno. Cuando llegó al supermercado encontró un gran despliegue policiaco. Varios doctores y enfermeras del Hospital Primario de Oriente rodeaban a su compañera Ximena. Un helicóptero sobrevolaba la zona.

Xavier preguntó qué pasaba. No pudo creer lo que le dijeron.

—¿El niño se perdió? —preguntó—. ¿Se bajó del carrito de las compras? —comenzó a dar vueltas en círculo, tratando de atisbar alrededor—. ¿Ya lo buscaron bien?

El comandante que coordinaba las acciones lo miró de forma impasible.

—Usted no ha entendido —le dijo—. Su hijo no se perdió —hizo una pausa antes de pronunciar las palabras fatales—: Se lo robaron.

Los primeros días fueron aterradores. Iban de un lado a otro pidiendo ayuda. Caminaban como entre nubes incapaces de asimilar la magnitud de la tragedia y dormían junto al aparato telefónico en espera de que los secuestradores llamaran para pedir el rescate.

La angustia consumió a la familia.

Xavier echó mano de todas sus influencias, se hizo amigo del comandante policiaco y siguió de cerca las investigaciones. Ximena solicitó permiso en el hospital para dedicarse, con su marido, a buscar. Roxana parecía muy asustada, más por la forma en que veía desmoronarse a sus padres que por el extravío de su hermano menor. Era una niña de nueve años, dulce e inteligente. Una noche escribió:

Papá, mamá: Me duele verlos tan preocupados. Yo también tengo miedo, pero sé que vamos a encontrar a Max. Ustedes me han dicho que nada malo puede pasarle a la gente buena. Él es bueno y nosotros también. Los quiero mucho. Mi corazón está roto. Los amo. No lo olviden.

La nota tenía el dibujo de un corazón sangrando. Estaba escrita con trazos geométricos de extraordinaria simetría. No cabía duda de que Roxana era una niña muy madura. Xavier besó el papel y lo guardó en su cartera.

Los secuestradores no se comunicaron con ellos, pero a las tres semanas recibieron una llamada inesperada del comandante que llevaba a cabo las averiguaciones. Se escuchaba alterado.

—Acabamos de descubrir un lugar —dijo—, donde había varios

niños robados. Es una vieja hacienda en la antigua carretera a Puebla. ¿Puede venir? Me gustaría conversar con usted al respecto.

Xavier saltó del sillón.

—Voy para allá.

—¿Qué pasa? —le preguntó su esposa esperanzada—. ¿Hay alguna noticia de nuestro hijo?

—No, pero hallaron a otros niños. Parece que encontraron el sitio de operaciones de una banda que trafica con infantes.

Ella se vistió con toda celeridad. Roxana también, pero sus padres le dijeron que no podía ir. Era muy chica para acompañarlos a esos sitios.

Llegaron a la estación de policía. Había una gran agitación. Se dirigieron a la jefatura, pero el comandante estaba demasiado ocupado atendiendo a periodistas y a otros padres de familia.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Xavier a uno de los oficiales encargados de la seguridad interna.

—Encontraron el centro ceremonial de una secta. ¡Había doce niños y diecisiete jóvenes!

—¿Qué?

Ximena y él se abrieron paso hasta la zona de primeros auxilios en el que estaban los recién rescatados. No les permitieron el acceso. Los vieron uno a uno desde lejos. Ninguno era su hijo.

Esperaron varias horas hasta que la revuelta disminuyó. Xavier entró en la oficina del jefe y lo invitó discretamente a comer algo. El funcionario lo miró de reojo como agradeciéndole el gesto. A los pocos minutos salió a toda velocidad y caminó con ellos a la fuente de sodas, detrás de la comandancia.

Sentado en el pequeño restaurante, los puso al tanto de lo que estaba ocurriendo.

—Ayer por la mañana descubrimos un centro de narcóticos en el que tenían secuestrados a varios menores de edad —comentó al tiempo que ordenaba una hamburguesa con queso—. El sitio estaba ubicado dentro de una hacienda abandonada, en la antigua carretera a Puebla.

—¿Dijo “un centro de *narcóticos*”? —preguntó Ximena asustada.

—Bueno, la finca era usada para dos fines: en primer lugar, experi-

mentaban con nuevas sustancias químicas, estimulantes de la corteza cerebral. Había tres farmacobiólogos expertos. Lo trágico del asunto es que, para las pruebas, usaban niños con la supuesta finalidad de hacerlos más inteligentes. Un psiquiatra dirigía los ensayos y llamaba a la zona "campamento educativo".

Xavier movió la cabeza preocupado.

—¿Eso significa que algunos niños estaban ahí por consentimiento de sus familias?

—Sí. Ocho, los doce chicos en experimentación, habían sido enviados por sus mismos papás. Pensaban que se trataba de un sofisticado colegio. Incluso pagaban sumas muy altas. Así financiaban, sin saberlo, todas las actividades de la hacienda. Los otros cuatro niños figuraban en la lista urbana de extraviados.

—Es increíble —dijo Ximena—. ¿Qué pensaban esas personas cuando enviaron a sus hijos ahí? ¿En dónde tenían la cabeza?

—La verdad es que fueron engañados.

—¿Pero los niños dormían en ese lugar?

—Sí. Era un internado. Tenían cuartos individuales con baño, una mesa de trabajo, computadora y bocina por la que se les obligaba a escuchar música repetitiva. Permanecían la mayor parte del tiempo bajo el efecto de alguna sustancia que activaba sus neuronas.

Xavier comenzaba a vislumbrar un sin fin de posibilidades que, bien escudriñadas, podrían conducirlos a más niños robados.

—Mencionó que usaban la hacienda para dos fines. ¿Cuál era el segundo?

—Algo mucho peor. En otra sección internaban a los adeptos de una secta religiosa. Ahí encontramos a cinco varones y a doce mujeres, entre dieciséis y veintidos años de edad —el comandante se detuvo como si lo que estaba a punto de decir le fuera a provocar malestar estomacal—. A todos, en los ritos ceremoniales, se les habían amputado uno o más dedos de las manos... —Ximena y Xavier se miraron—. Las habitaciones de los sectarios, más pequeñas que las de los niños, sin luz eléctrica y con suelo de tierra, contaban, sin embargo, con bocinas.

La doctora sacó algunas conclusiones:

—Así que tanto los niños como los jóvenes eran sometidos a diferentes procedimientos de “lavado de cerebro”.

—Sí. Y a todos se les obligaba a ciertas actividades sexuales.

—¡Dios mío! —dijo Xavier—. ¿Cómo descubrieron ese lugar?

—Dos personas reportaron a la comisaría que su hijo fue secuestrado por el mismo director del campamento educativo al que lo habían inscrito. Declararon que el hombre se negaba a devolverles al niño. Entonces comenzamos a investigar. El padre del pequeño consiguió entrevistarse con el procurador y obtuvo una orden de cateo inmediata. Yo mismo realicé el operativo. Nos dirigimos a la hacienda abandonada tres policías y el denunciante. Fue difícil llegar. Tuvimos que atravesar varias rancherías en un sendero agreste. Dejamos el coche a buena distancia y caminamos. Un par de guardias rurales nos cerraron el paso. Les mostré la orden de inspección y les dije que revisaríamos el sitio. Avanzamos percibiendo que detrás de nosotros se comunicaban con alguien. Sobre la vieja construcción de la hacienda pudimos observar varias cabezas que corrían de un lado a otro, acomodándose. Me percaté de que algo andaba mal. También saqué mi radio y pedí apoyo. Casi de inmediato comenzaron los disparos. Uno de mis oficiales cayó herido. No hicimos nada de momento, sólo escondernos, hasta que llegaron los refuerzos. Fue el tiroteo más espectacular en el que me he visto envuelto. Pudimos entrar al inmueble, aprehender a los laboratoristas y rescatar a los cautivos. La hacienda estaba en penumbras. Había dos patios grandes en los que encontramos símbolos pintados en paredes y pisos. No se ha determinado con precisión el tipo de reuniones que se llevaban a cabo ahí.

Los ojos de Xavier brillaron.

—¿Capturaron a los responsables?

—El jefe de la banda escapó. Únicamente detuvimos al psiquiatra que dirigía el supuesto colegio. Declaró no tener ninguna relación con la secta, pero nos ha sido imposible interrogarlo bien; está muy grave. Se encuentra detenido en el Hospital Urbano de Puebla.

—¿Qué le pasó?

—En la finca había un cuarto con sustancias químicas que explotó durante el operativo. El psiquiatra sufrió quemaduras de tercer grado.

—Vaya. ¿Podemos ir a la hacienda? Me gustaría conocerla.

—Pueden, pero no tiene caso. Está destruida casi por completo. Además, sólo le permiten el paso a los investigadores.

—Entonces me gustaría entrevistarme con los niños y jóvenes rescatados. Quiero mostrarles la fotografía de nuestro hijo para preguntarles si lo han visto. ¿Podría hacernos ese favor?

—Creo que no habrá problema.

Después de que el oficial terminó de comer su hamburguesa, se dirigieron con él a la comandancia.

Vieron a una pareja escribiendo, sentada frente a los escritorios para tomar declaraciones.

—¿Quiénes son? —preguntó Xavier.

—Ángel y María Luisa Castillo. Los denunciantes. Gracias a ellos pudimos dar con la hacienda. Están redactando su testimonio de cómo ocurrieron los hechos; sobre todo de la forma en que fueron engañados y aceptaron inscribir a su hijo en el campamento educativo.

Pasaron de largo. Ximena siempre traía consigo una fotografía de Max. Fueron hasta la sala en que se encontraban los rescatados. Había un pequeño de escasos seis años de edad, varios de unos nueve y el resto de dieciocho, en promedio. Se acercaron a ellos con mucha cautela. No deseaban asustarlos. Parecían perdidos en el universo indómito de un cerebro aletargado.

—¿Qué les pasa? —le preguntó Xavier al médico que los atendía.

—La mayoría han sido afectados en sus aptitudes mentales. Creemos que el daño es reversible. Se recuperarán con el tiempo.

Mostraron a cada uno la fotografía de Max. Ninguno dio señales de reconocerlo. Ximena salió de la sala con la mandíbula desencajada. Después comenzó a llorar.

—Tranquilízate, mi amor.

—No puedo soportar esto. ¿Y si nuestro hijo ha caído en manos de psicópatas similares? ¡Debemos movernos rápido! ¡Hacer algo! Así

nos cueste todo lo que tenemos. ¡Todo! Daría cualquier cosa por encontrar a mi niño.

Xavier asintió. No pudo calibrar que las palabras de su esposa eran serias y que el destino estaba dispuesto a tomarles la palabra.

Regresaron a la sala de espera y observaron a los Castillo que habían terminando de escribir sus declaraciones. Se estaban despidiendo del comandante. En su rostro se adivinaba un gran pesar, pero Xavier y Ximena pensaron que con gusto canjearían con ellos su desgracia. Sano o no, habían recuperado a su hijo... Su familia aún existía.

Cuando los Castillo salieron, Xavier entró a la oficina del jefe policiaco y le hizo una súplica especial.

—Yo sé que estas notas son confidenciales. Lo sé, soy abogado, pero hágame un favor. Déjeme leerlas. Quiero buscar alguna pista que pueda abrirnos nuevas posibilidades para buscar a más niños robados.

El comandante movió la cabeza. Lo que le pedían era imposible, pero él también era padre de dos pequeños y podía imaginarse la tortura que sería perderlos. Suspiró y salió de la oficina sin decir nada, dejando las declaraciones sobre la mesa para que Xavier pudiera leerlas.